

(“Nuevo Mundo”, Madrid, 19 diciembre 1914).

Comentarios á un libro

El último libro de *Azorn*: *Un discurso de La Cierva comentado*, es de los que más se prestan á comentarios. Uno de sus apartados, lleva este título: «El régimen parlamentario creador de desorden é incompetencia», y en este apartado se pone en cierto modo en parangón el régimen parlamentario francés con el régimen imperial alemán. Pero es un parangón que falla por su base misma.

Recuérdanos *Azorn* la memorable sesión de la Cámara francesa del 15 de Julio de 1870, cuando un hombre, Thiers, se puso frente á la opinión, tratando de impedir que se declarase la guerra á Alemania, y se vió por ello insultado.

Pero vamos á cuentas. ¿Es que Thiers se puso frente á la opinión del pueblo francés, y es que aquel Parlamento francés de 1870 era un verdadero Parlamento, un Parlamento popular? No. Thiers se puso frente á la opinión imperial. Era el Emperador, Napoleón III, y no el pueblo francés, el que entonces quería la guerra. El pueblo, ó no quería nada, ó no se sabía lo que quería. El pueblo francés no tenía representación verdadera en el Parlamento imperialista de 1870. Las elecciones eran una ficción. El Imperio—y esta es siempre su táctica—había corrompido á los partidos. Los Imperios son siempre,—y la decadencia romana lo prueba—corruptores. Un emperador suele ser peor que un tirano, porque éste persigue á sangre y fuego y aquél corrompe á mendrugo y condecoraciones.

No triunfó en el Parlamento imperial francés de 1870 la opinión popular ó democrática, esa «cosa variable, fluctuante, apasionada, superficial», según *Azorn*; triunfó la obsesión napoleónica de Napoleón el Chico. Y vino el desastre.

«Sólo una fuerte dirección suprema que neutralizara en lo posible, si no anulara, los efectos del régimen, podría hacer que un país parlamentario progresara», dice *Azorn*. En la Francia de 1870 hubo esa dirección suprema, la del Emperador Napoleón III, que anulaba de hecho el régimen parlamentario. Este era una ficción. La Francia imperial de 1870 no era una nación parlamentaria. No hay, pues, que atribuir al parlamentarismo la debilidad francesa de entonces.

Y luego juzgamos á trasmano. Si en vez de haber sido los franceses derrotados por los alemanes en 1870, hubie-



UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

ran vencido aquéllos á éstos, declararíamos las ventajas del supuesto parlamentarismo francés—, en rigor del imperialismo na. oleónico—, en cuanto á previsión y coherencia.

A seguida traduce *Azorin* unas consideraciones del clérigo E. Wetterlé, publicadas en *L'Echo de Paris* de 17 de Septiembre de este año, sobre el papel del Reichstag alemán. El abate

Wetterlé fué miembro del Parlamento alemán, y se queja en ese artículo de que tal Parlamento es una ficción. Exactamente como lo era el francés de 1870. «Alemania no conoce el parlamentarismo», dice Wetterlé; ese régimen de desorden, de ineficacia y de incompetencia, según *Azorin*. «Siempre que la representación nacional ha esbozado un gesto de resistencia, los Gobiernos confederados han autorizado al emperador para que la disuelva, y el pueblo ha enviado siempre á Berlín una mayoría más docil». Es decir, una cosa análoga á lo que pasaba en la Francia imperial de 1870.

Porque el régimen imperialista alemán, ha sido políticamente no tiránico, sino corruptor. El Reichstag es una verdadera vergüenza política. La táctica de los cancilleres alemanes, desde el maquiavélico Bismarck, ha sido dividir, corromper y desorganizar á los partidos y fabricarse mayorías dóciles. Corrompieron al centro católico; han corrompido al partido socialista democrático. Unas veces ha sido el *Kulturkampf* contra los católicos, para halagarlos y mimarlos más adelante, cuando se hacían buenos chicos y votaban los subsidios que pedía el Emperador. Se llegó á poner á precio la tolerancia con la Compañía de Jesús, que estaba supeditada á que los católicos votaran los impuestos que para sostener el ejército y mantener los ensueños de expansión pedían los cancilleres. Y una maniobra análoga se empleaba con los socialistas, dóciles borrego del Imperio también.

Agréguese que el régimen electoral del Imperio alemán, el reparto de los electores en distritos, es otra vergüenza. La mayoría del Parlamento alemán es una ficción. Hubo un tiempo en que el centro católico—tan servilmente sumiso al Emperador—sumaba más diputados que el partido socialista, y éste, en cambio, representaba muchísimos más votos que él. La vida toda política alemana ha sido deplorable.

«¿Hubiera llegado Alemania—creebe *Azorin*—á tener su enorme fuerza—científica, industrial, militar—sin esa anulación?» La del parlamentarismo. He ahí una pregunta á la que nadie



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GEDOS.USAL.ES

puede contestar. Pero sí puede decirse que resulta muy cara esa enorme fuerza—de cuya solidez interna aún sabemos poco—á cambio de la servidumbre política, y tal vez, de los derechos sagrados de la personalidad. La fuerza científica de Alemania será todo lo grande que queramos, pero si los noventa y tres sabios, escritores y artistas, que firmaron el manifiesto aquel, fueran, además de sabios, libres ciudadanos de un país democrático, con verdadera conciencia política, no habrían firmado sumisamente lo que el Gobierno de su país les puso por delante, ni habrían afirmado doctoralmente, como si se tratase de conclusiones de las respectivas ciencias á que se dedi-

can, cosas de que no han podido informarse por sí mismos. Esa lamentabilísima confesión de fé implícita—lo dice mi Gobierno y basta, pues yo creo lo que cree el Sacro Imperio Germánico—no se habría producido en la patria de Lutero, el brioso impugnador de la fé implícita, de la fé del carbonero. Esos sabios han estado hechos unos carboneros. Y francamente, á ese precio, ni su pericia científica vale la pena.

El desastre de 1870 lo debió Francia, no al parlamentarismo, que entonces no le había—sino á una vergonzosa ficción imperialista de él—y para saber si el actual régimen imperialista alemán es más previsor y más coherente que el régimen parlamentario, tenemos que aguardar todavía unos meses. Cuando haya concluido esta guerra veremos todos—*Azorín* y yo entre ellos, si vivimos—si la fuerte dirección suprema de la pandilla que rodea al Emperador—porque no solamente los gobiernos parlamentarios, sino también las camarillas imperiales, son pandillas de políticos profesionales—es más previsor y más coherente que la opinión pública variable, fluctuante, apasionada y superficial.

Azorín habla de los Parlamentos, teniendo á la vista el que él conoce y en el que ocupa un puesto y ejerce de diputado que oye, piensa y calla. Pero es que ese Parlamento, nuestro Parlamento, no es Parlamento de opinión, democrático, como no lo era la Cámara francesa de 1870, ni lo es el Reichstag de hoy. Es una ficción tan lamentable, como cualquiera de ellos.

Acaso no sea del todo injusto lo que *Azorín* nos dice de que los Gobiernos no son sino pandillas de políticos profesionales. Puede ser que así sea con nuestros Gobiernos pseudo-parlamentarios. Pero, ¿es que una camarilla imperial—como la del Estado Mayor mi-



litar y civil y mercantil que rodea al Kaiser y lo dirige—no sería una pandilla tan pandillesca como un Gobierno ficticiamente parlamentario? ¿Es que los favoritos de las camarillas—y recuerde *Azorin* que nuestra palabra española *camarilla* ha pasado, con otras como *siesta*, *guerra*, *pronunciamento*, etcétera, á otros idiomas europeos,—no son tan políticos profesionales como los otros, los ficticiamente parlamentarios? Y no se pierda de vista que el pandillaje de una camarilla imperial, con su Canciller, patente ó más ó menos oculto y secreto, sería irresponsable, y ni la débil, la debilísima fiscalización que el Parlamento ejerce hoy—por ficticia que la supongamos—se ejercería sobre ese pandillaje de camarilla. Que no sería ni más previsor ni más coherente que el Parlamento.

Mas esto de la camarilla imperial y de su Canciller de cortina y su posible traducción al español, merece punto y aparte.

Miguel de Unamuno



... y no el pueblo francés, ni sus intereses ni su gloria. El pueblo francés no tenía representación verdadera en el Parlamento imperialista de 1870. Este Parlamento era una ficción. El Imperio francés, tal como estaba, no podía haber sido sometido á los pactos. Los imperios son siempre, y la legitimidad siempre la obtiene—tempranamente. Un emperador no es por eso un tirano, porque está obligado á cumplir y hacer cumplir al momento á voluntad y con libertad.

No refirió en el Parlamento imperialista francés de 1870 el pueblo popular á democracia, es decir, á un tirano, tirante, responsable, responsable, como Azorin, triunfo la obediencia napoleónica de Siquiera, el Chile. Y vino el desastre.

... con una fuerte dirección apostata que neutralizaba en lo posible, si no anulaba, los efectos del régimen. podría hacer que un país parlamentario... de 1870 hubo en Europa entonces, la del Emperador Napoleón III, que mandaba de hecho el régimen parlamentario. Este era una ficción. La Francia imperial de 1870 no era una nación parlamentaria. No hay más que mirar el Parlamento francés la fecha de su nacimiento.

... y hay que recordar á Unamuno que en 1870 no había sido el Imperio francés el que había conquistado en 1870. Solo...



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDOS.USALES